



# Semana Cómica

LIT. MIRALLES, UNION 17.

DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA

JOSÉ ESTREMER







Que el Banco de España sea en nuestra sociedad uno de los elementos más poderosos e influyentes, nada tiene de extraño.

Al fin y al cabo, es el organismo que hace mejor papel.

Pero todo quiere su límite y si el Banco —cuyos piés beso— dá en la flor de soltar asignados y más asignados, pronto será España una nación rica sin una peseta y la mayor parte de los españoles unos *Nababs* que no tendrán un perro chico que darle al mendigo de la esquina.

Por si los tribunales de justicia no eran bastante, las sociedades de crédito les ayudan en la tarea ingrata de empapelarnos.

Dios se lo pague... en billetes también, por supuesto.

Sugiere estas reflexiones el haber sabido que el Banco prepara una nueva *emulsión* —como diría Fabié o cualquier otro senador no menos farmacéutico— una nueva *emulsión* ó emisión de billetes, por valor de ciento veinte y cinco millones de pesetas.

Ignoro como dividirán esa suma y por consiguiente que valor darán á cada billete, aunque mucho tendrá que ser, porque no es menos el que necesitaremos para tomar los billetes en cuestión.

Nada se ha dicho tampoco del color del papel, pero yo creo que, sin llegar á negro, pasará de castaño oscuro.

Y en cuanto al retrato que ha de figurar, como de costumbre, en esos papelitos, es de suponer que sea no el de un hacendista ilustre ó escritor clásico, sino el de alguna mujer hermosa, porque este y otros atractivos habrán de reunir los futuros billetes para que sean tolerados por el comercio y por el público en general.

El famoso cuerno de la cabra Amaltea que un tiempo arrojaba el oro á raudales, ya no dá de si más que acciones, billetes, talones, resguardos, papelotes en fin; como esos cajones de embalaje que, una vez ofrecida la mercancía frágil y valiosa, no echan por la boca más que miserables recortaduras de papel.

Entre el metálico y el papel moneda nadie prefiere el segundo, pero hay quien lleva tan adelante su antipatía á los documentos al portador y su delirio por las onzas peluconas, que no puede ver un billete de Banco sin echarle su peluca correspondiente.

Conoci á un sugeto que apenas le daban un *cangrejo* corría á cambiarlo en el Banco.

A veces no iba á las horas convenientes y tenía que volver dos ó tres veces más.

Por eso decía que los billetes de Banco eran para él billetes de ida y vuelta... á ir otra vez.

—¿Cómo conoceré si este billete es falso? decía en otra ocasión todo alarmado é impaciente.

Y le respondió Gedeón, que había escuchado la pregunta:

—Es bien sencillo: ¡súenelo V. en la mesa!

Por mi parte, no deseo más que una cosa.

Que el día que echen á la calle los nuevos y flamantes billetes, sople el viento hácia mi casa.

Ya llegaron los tan acreditados socialistas que tanto juego dieron en las minas de Bélgica, en los puertos ingleses y en los talleres de Francia.

Nadie los ha visto, pero se dice que trabajan en la sombra—cosa rara en invierno—y aunque sus intenciones van contra los *burgueses*, en vez de elegir como centro de propaganda la capital de Castilla la Vieja, han empezado aquí sus trabajos de reclutamiento para dirigirse en son de guerra, cuando ya la cosa esté á punto de caramelo, desde Barcelona hacia la ciudad del papa-moscas.

—Traemos una misión niveladora—exclamaba perorando un orador de *mienting* ó *meeting*—y así como los ingenieros para conseguir la recta del camino de hierro, abren un desmonte en los cerros y elevan un terraplén en las hondonadas, nosotros abriremos por la mitad á las clases ricas y terraplénaremos á las clases pobres.

Ya lo sabeis, ricos: caed de vuestro burro ú os *desmontan*.

Ya lo sabeis, pobres: la tierra se os viene encima á paletadas.

—Queremos—decía un revoltoso—más jornal y menos horas de trabajo.

—Eso es—decía un compañero—pongamos en nuestra bandera roja el lema siguiente: «Menos horas y más cuartos.»

Dícese que son ingleses los delegados socialistas que han llegado á Barcelona para revolver el cotarro.

—¿Cuántos han venido?—preguntaba la otra tarde un obrero.

—Tres ó cuatro nada más.

—Son muy pocos ingleses ¿no crees tú lo mismo?

—Verdad que ahora son pocos, pero han ofrecido que vendrán más.

—¿De veras?

—Indudablemente. En cuanto nos declaremos en huelga y estemos seis ú ocho días sin cobrar jornal y entrampándonos ¡ya verás tú llover ingleses sobre nosotros!

LUIS ROYO VILLANOVA.



## TARARI, TARARI!

A mi mejor compañero, al ingeniosísimo escritor Federico Urrecha.

I.



QUELLOS altos y negros montes, aquel cielo de color parduzco y ceniciento, el caserío escondido en los pliegues y estrabaciones de las montañas, y allá abajo, en el fondo, el ancho río vahando húmeda, fría y penetrante neblina, manso y brillante como el acero, llenaban de melancolía el ánimo de Nicolás.

—Hoy me matan, se dijo contemplando lo que a él le pareciera contorno de un sueño

que fuera como revelador de su terrible presentimiento.

—Conozco, repetía, que este va a ser el último día de mi vida.

Y era uno de los primeros del mes de Agosto, que en los llamados tristes campos de Castilla sería de luz y de paz, de movimiento y trabajo por los trigales segados, donde harían su acopio las miserables espigadoras, y en las eras, donde los trilladores harían la carrera triunfal desgranando las parvas.

¡Ay, madre mía!

El y sus camaradas esperaban formados, graves, silenciosos, puestos allí para aguardar su vez y entrar en combate; se oía el tiroteo lejano de un batallón metido en danza con los guerrilleros del cabecilla Aguijas; Nicolás y sus camaradas, hasta el número de unos veinte hombres, eran mandados por un teniente joven que entonces se atusaba coquetamente el bigote, y estaba tan fresca y guapamente como si se dispusiera a asistir a una fiesta elegante, y por un alférez viejo y canoso. Y miren qué extraña idea hubo de ocurrírsele a Nicolás: le pareció que aquel oficial tenía los ojos amenazadores y recelosos de un perro guardián, ya acostumbrado a vérselas con el lobo a dentelladas y mordiscos; aquellos ojos eran como los de Jopos, el perro de ganado que Nicolás había tenido de compañero en la guarda de un rebaño, allá en su pueblo; porque Nicolás había sido de muchacho pastor de ovejas.

—¿Quién de vosotros tiene vino o aguardiente en la bota? preguntó con aspereza el alférez, acercándose a los soldados; rabio de dolor de muelas, añadió sonriéndose como si le estuvieran haciendo cosquillas.

Nicolás alargó su bota; en ella tenía una pinta de Chinchón; el alférez tomó un sorbo se enjuagó la boca y arrojó el bichito de aguardiente pronunciando un terrible juramento.

De pronto el mas negro y empinado de los montes que se alzaban frente al cerro en que se hallaban los soldados, se coronó de nubes blancas separadas una de otra a iguales distancias; en el fondo de aquellas había fulgurado vivamente un resplandor rojizo; después resonaron los tiros. El alférez cayó de espaldas sin decir Jesús.

Nicolás sintió un estremecimiento de horror.

—¡Retoño! exclamó una voz juvenil; ¡canallas! Siempre apareceis como las víboras... ¡Retoño, así matais a un viejo valeroso!

Y el teniente decía esto a gritos, lleno de cólera. Parecía querer lanzarse de un salto al otro lado, y lleno de ira y de dolor, miró el cadáver de su camarada. Todo fué instantáneamente; así suceden las terribles cosas de la guerra; pero no había tiempo que perder, y el teniente ordenó la retirada para guarecer su pelotón tras de las tapias de una mala casuca cercana.

La retirada fué noble, calmosa, respondiendo los soldados con varias descargas, hasta que hubieron de verse fuera del alcance del enemigo, que ahullaba de gozo.

El oficial parecía como aturrido por la sorpresa de que había sido juguete; miraba a una y otra parte, estudiando el terreno, y hacía como si escuchara en el lejano fragor. Sin duda quería explicarse aquella repentina aparición del enemigo, cosa que tal vez momentos antes habría considerado como imposible.

Los soldados vieron desde la altura a que habían subido, y el escondite en que se resguardaban, el cadáver del pobre alférez, que con los brazos extendidos en cruz había quedado en la falda del monte.

—Aquel ya no sufre de las muelas, dijo brutalmente uno de los camaradas de Nicolás.

Nicolás, al oírlo, volvió a sentir nuevo estremecimiento de horror; tenía el fusil en la mano como si tuviera un cirio; rezaba mentalmente, rezaba medroso.

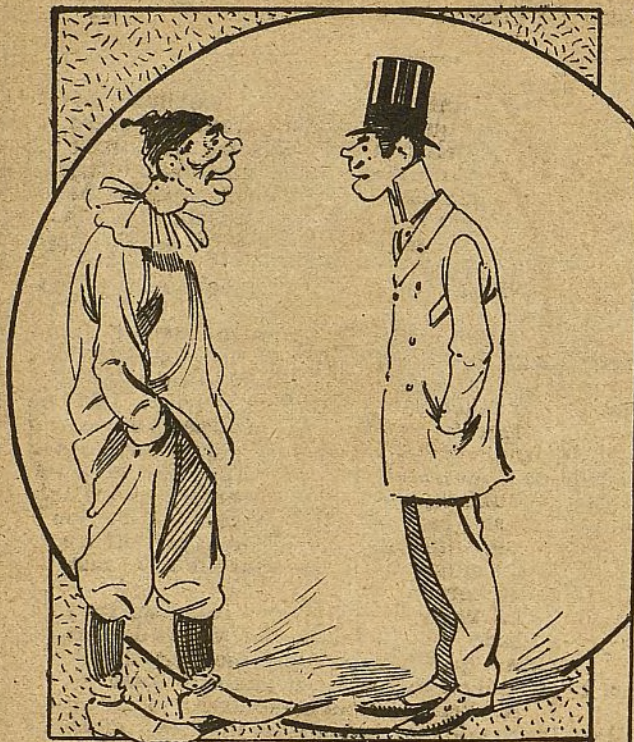
En tanto el teniente les hablaba. En verdad que Nicolás se sentía aquel día con miedo, con verdadero miedo; miedo temblón, que afloja las piernas y hace bailar estremecidas las manos; oía los latidos de su corazón, y el frío húmedo, el aliento del río, le penetraba hasta la médula de los huesos. No oyó palabra de las dichas por el oficial.

—Al que afloje, le embuto el puño de mi espada en la cabeza. Así había terminado su arenga, entre animosa y amenazadora, el joven teniente.

Luego se pusieron en movimiento, caminando uno a uno por un escuetísimo sendero, hacia la otra parte del monte; luego... ¿cómo acordarse de lo que pasó luego? Anduvieron a la carrera entre el estruendo de un nutrido tiroteo; el teniente les mandó hacer alto no bien llegaron a una meseta; se hallaban alejados del combate; hicieron un pequeño des-



## ACTUALIDADES, POR CILLA



—¿Cómo me encuentras, Pascual?  
 —¡Hombre! no te sienta mal  
 esa careta tan rara...  
 —¡Pero, chico, si es mi cara  
 natural!



Los que creen que se divierten.



...porque aquí en estas fiestas  
 tan celebradas,  
 se suelen gastar bromas  
 muy delicadas.

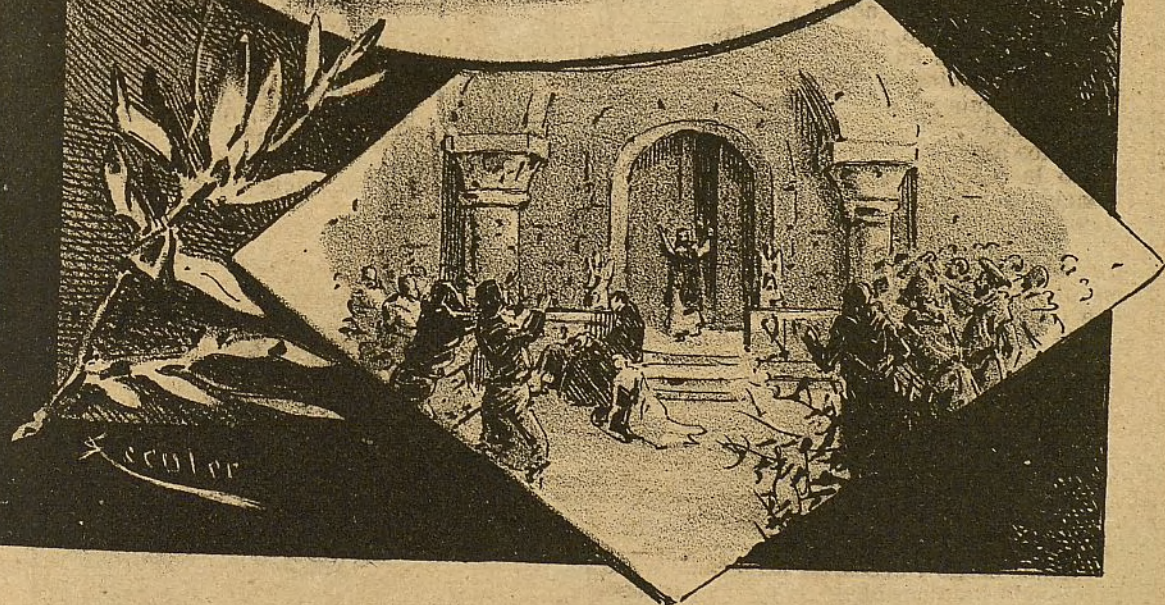
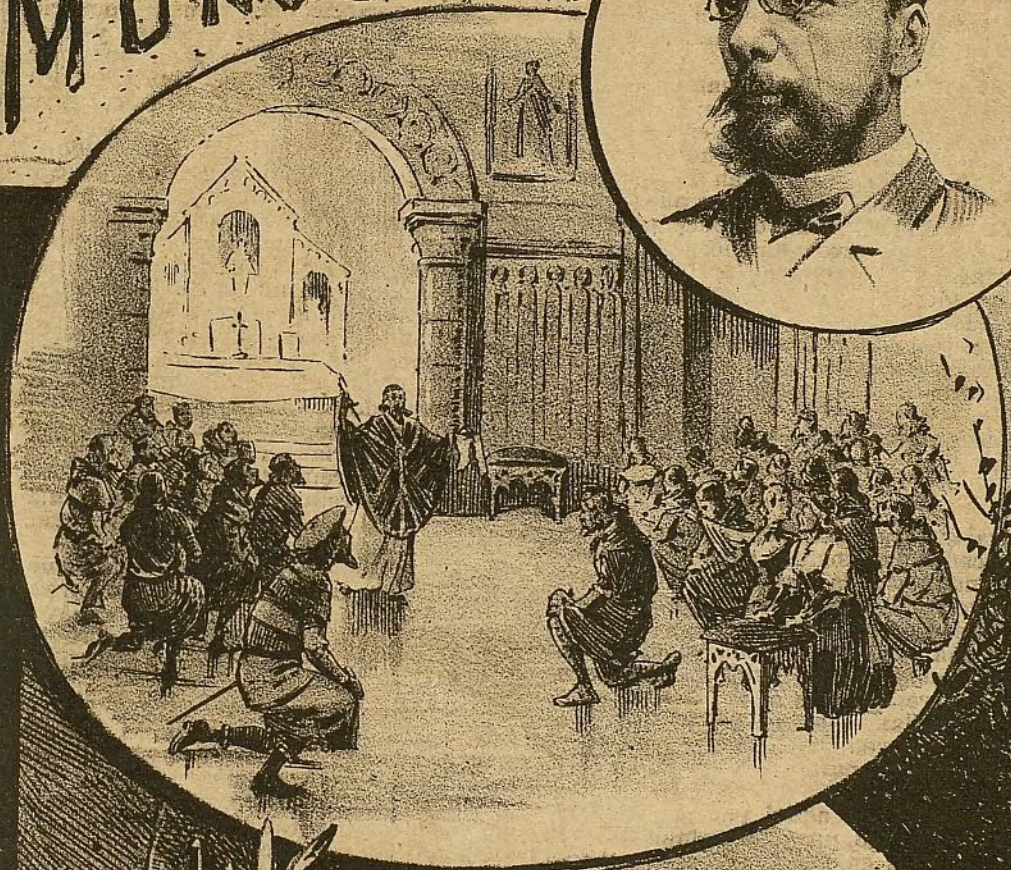


En el teatro Principal  
 (Apunte del natural)

María Stuardo y Napoleón dándose de cachetes por  
 mor de unos bombones.



# REY Y MONJO





canso durante el cual Nicolás oyó al teniente y al sargento, que no lejos de las filas, hablaban entre sí a media voz:

—¿Qué hora es? preguntó el oficial.

—Las ocho; replicó el sargento.

¡Las ocho! Nicolás había creído que desde la muerte del alférez hasta aquel momento habían pasado seis horas; no había llegado a media el tiempo transcurrido.

—Este es mejor punto; dominamos ese paso; debemos resistir a toda costa; si no, toda la división se verá perdida. Esta es la puerta; nosotros, con estos diez y nueve hombres, somos el cerrojo. Si nos arrancan ó nos descoyentan, no hay salvación; debemos pues... reventarnos... dijo el oficial; después quedóse un momento pensativo y añadió:

—Tardarán en mandarnos refuerzos... A propósito, ¿quién recogió la corneta del corneta herido?

—Yo, mi teniente; la tengo en mi morral... Sé tocarla; además hay aquí dos ó tres que se apuntaron para cornetas y aprendieron algo...

—Pudieran servirnos... Vaya, coloquemos la gente.

## II.

De jaral en jaral, de piedra en piedra, fueron colocados uno por uno y a no muy grandes distancias este de aquel, los hombres del pelotón, recibiendo la orden de agazaparse y fijar la atención en las veredas y pasos de una estrecha garganta. Aquella era la puerta falsa por la cual podían subir los facciosos y atacar la retaguardia de la división que se batía en el llano; ellos, los del pelotón eran el cerrojo; y prevenidos harían fuego sobre los carlistas que apareciesen por la angostura.

Nicolás sabía que aquel puesto era, si lo atacaba el enemigo, un lugar de muerte... Se echó a la larga en tierra apoyando el cañón de la carabina en un arbusto, y encontró descanso; tenía los pies abrasados de andar, y no había dormido más que dos horas desde hacía dos días; se hubiera dormido allí esperando la muerte; no obstante, miraba con atención hacia abajo, a aquella garganta en la cual podría aparecer el enemigo; ocurriósele mirar también al lado opuesto, a mano izquierda, y vió allá a lo lejos el valle y como en un plano de guerra los cuerpos de ejército que sostenían el combate; estallaban acá y acullá las blanquecinas nubes de los cañonazos, y espeso humo envolvía a los infantes.

De pronto se oyó un fino y penetrante silbido, como el que produjera un reptil que anduviese rastreando por aquellos jarales: era la señal del teniente, para prevenir a sus hombres. En efecto, el enemigo, cauteloso y con calma, iba penetrando por la garganta y se disponía a escalar la meseta. Empezó el sizzape.

Nicolás cargó y descargó aceleradamente, dirigiendo sus tiros abajo, a la masa invaso-

ra; las balas del enemigo hacían erugir el ramaje de los arbustos y silbaban en el aire. Nicolás estaba menos preocupado, y no porque los escondites de acecho le parecieran seguros... sino porque el fuego es así, todo lo hace olvidar... Abajo se veían aparecer carlistas, caer y surgir más y más. Como río que acrece, se hincha, eleva su nivel y amenaza anegarlo todo, así iban penetrando por la garganta. Una carga audaz y cubriendo a la veintena de soldados escondidos, echaban mano al cerrojo.

Nicolás los vió subir; escalaban el monte. ¡Qué arrojó! Tuvo, además, el temor y luego casi la certeza de que habían sido heridos, ó muertos muchos de los suyos; en una peña próxima al punto en que se hallaba Nicolás, vió al sargento, que había estado de rodillas haciendo fuego, caer muerto de un balazo.

—Estamos perdidos, pensó... Unalinea más que él levantara la cabeza y moría sin remedio... El fuego era menos nutrido y continuó contra el enemigo. ¡Cuántos quedarían de los camaradas de Nicolás! ¡Ah! y los navarros se disponían a dar una carga a la bayoneta; arrancarían el cerrojo, antes de que llegaran los refuerzos.

—Sargento, el refuerzo llega... Toque V. ataque... dando tiempo... ¡Me han reventado! dijo una voz agónica y terrible.

Entonces Nicolás, que hubiera podido huir agachándose y arrastrándose con destreza de campesino, se alzó, llegóse al cadáver del sargento, quitóle del morral una corneta, y de pie, en medio de un diluvio de balas, tocó paso de ataque...

El enemigo se sobrecogió sorprendido.

Los carlistas retrocedieron; el refuerzo aceleró su marcha y Nicolás transfigurado buscó al moribundo oficial y le dijo:

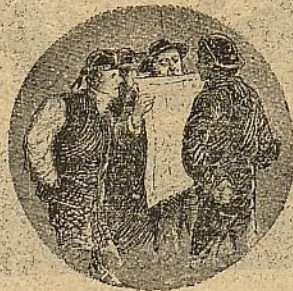
—Mi teniente, muera Vd. tranquilo. Los he sobresaltado. Fui de los apuntados para corneta, y aprendí el toque de ataque...

En los cristalinos ojos del oficial brilló el último destello de entusiasmo y de vida.

Aquella mirada sobre Nicolás valía más que una cruz de san Fernando.

Nicolás había sentido por fin la explosión del valor en el pecho: nació el soldado.

JOSÉ ZAHONERO





## NUESTRO ¡QUE MAS DA!

Ya la fé perdida está;  
bien claramente se ve:  
todos dicen que la fé  
no es ya fé, ni fú, ni fá.

Del pasado fanatismo  
ya apenas quedan asomos:  
todos en el día somos  
presa del escepticismo.

Nada la confianza alcanza;  
la moderna perversión  
convierte cualquier cuestión  
en cuestión de *con-fianza*.

Ya no existe amor filial,  
ni maternal embeleso  
y ya no hay quien crea en eso  
de la corte celestial.

Ya nadie á heróicas acciones  
en pos de un pendón se arroja.  
Es más: hoy día sonroja  
el ir tras de los pendones.

¿Patriotismo? Un vicio feo;  
actualmente frase vana;  
los que hoy lo tienen, mañana  
se van á Montevideo.

Y algunos hacen el *bú*  
— ¡Viva la patria! — gritando,  
á tiempo que están tomando  
pasaje para el Perú.

Pensar en el Verbo, es ser  
de alma demasiado pia:

ya sólo se piensa hoy día  
en otro *verbo*: comer.

Y tiene mucha razón  
la generación actual;  
me equivoqué, dije mal:  
la actual «degeneración».

¿Que á la fé se muestra agena?  
¿Cómo que no ignora que  
existe la mala fé  
para explotar á la buena!

¿La confianza? Yo estimo  
que su reinado agoniza.

¿Por qué? Porque se cotiza  
muy bajo el papel... de primo.

¿Amor patrio? Vá en el mundo  
frase tal está sobrando.

¿Quién ama á la patria, cuando  
ya no hay patria, Veremundo?

¿Qué todos dejando van  
de pedir á Dios? ¡Si Dios  
no responde nunca á los  
sabiazos que se le dan!

¿La piedad?... Ya la ejercitan  
muchas almas candorosas;  
pero se ven ciertas cosas  
que á cualquiera se la quitan.

Ejemplo que desespera:  
antes del amanecer  
sale una pobre mujer

á oír la misa primera.

Se apresura por llegar,  
pierde la infeliz la calma,  
se cae... y se rompe el alma,  
¡y eso que la iba á salvar!

¿Ideas? Todas son feas...

Ya nadie se sacrifica  
por la mejor; y se explica,  
porque hay muy malas ideas.

Contra un tirano inhumano  
á todo un pueblo conduce  
un caudillo, que le induce  
á derrotar al tirano...

Ya vencido éste, ha caído,  
se hace el vencedor señor...  
¡y se vuelve el vencedor  
más tirano que el vencido!

Dicen que es cosa probada  
que en la ruta en que se interna  
esta sociedad moderna  
no hay amor, ni fé, ni nada.

Y añaden:— ¡Esto es temible!  
¡perjudica grandemente  
que la indiferencia aumente  
de modo tan ostensible!—

¡Necios! Sepa quien tal clama  
contra el indiferentismo,  
que no es el escepticismo  
lo que aquí aumenta: ¡es la escama!

FERNANDO SEGURA.

## A UNA MUJER DE LA LUNA

Los hombres, por decir una tontuna,  
han dado en afirmar frecuentemente  
que nunca hubo habi antes en la Luna...  
¡Es una afirmación imprecisa;  
uno de sus innúmeros errores,  
que tu debes dejarles disculpados,  
pues andan de noticias atrasados  
y no pueden saber nuestros amores!...

Yo, en cambio, tengo un alma, un alma esclava  
de este amor hácia ti que nunca acaba;  
te vi en aquella noche de arrebató...  
¡aquella noche!... ¡cuando yo soñaba!...  
¡cuando tú me mandaste tu retrato!

Y para darme un poco de consuelo,  
dirijiste hácia mí tus alas bellas,  
y al fin, tomando por papel el cielo,  
me escribiste una carta con estrellas....

Te confieso, aunque á celos te provoque,  
que fué de otra mujer el alma mía,  
pero aquella mujer que yo quería  
me la quitó despues un alcornoque.  
No te apures por ella; yo te juro  
que tuvimos en breve que alejarnos,  
¡y pasados los años, es seguro

que nunca volveremos á encontrarnos!

¡Hoy solamente tu cariño ansio!

¡Para un amor tan grande como el mío  
los obstáculos todos son pequeños!

¡Nos amaremos, pues, con desvario  
y nos veremos por la noche en sueños!

Tú vives en la luna, yo en España;  
ni tú sales de allí, ni de aquí salgo!...

¡pero distingo tu visión extraña,  
te adoro y sé que hay en tus ojos algo  
de la luz con que el sol tu patria baña!

¡Te veré, pues, entre la luz brillante,  
te mandaré palabras cariñosas,  
nos querremos con furia delirante  
y nos daremos citas misteriosas!

Tú serás para mí la lontananza,  
¡lo imposible y lo eterno, la esperanza!...

Y si me hace la muerte mil pedazos,

pues á la muerte sin cesar invoco

¡caso resucite entre tus brazos  
para quererte siempre como un loco!...

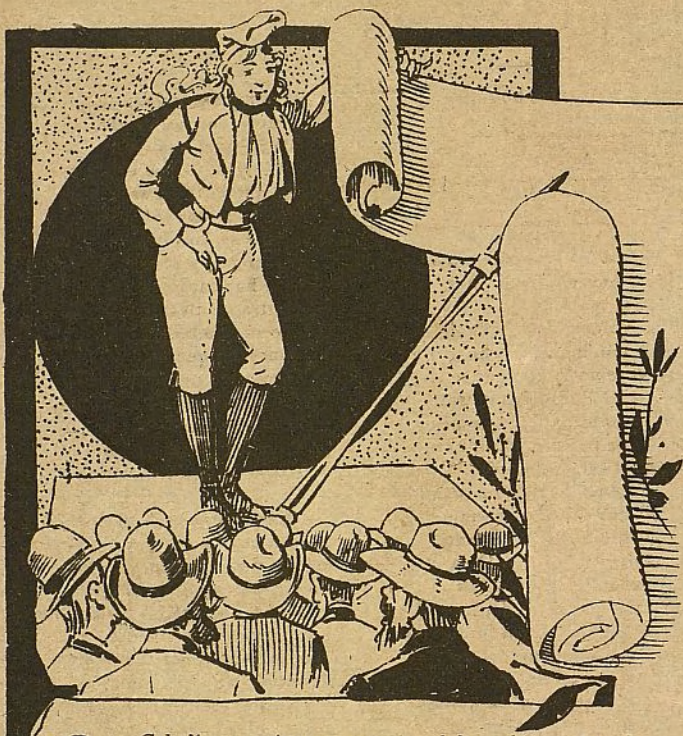
¡Ya sé que — te vence la distancia!

¡Que en la luna jamás hubo inconstancia....  
ni hubo pecado original tampoco!

RICARDO J. CATARINU.



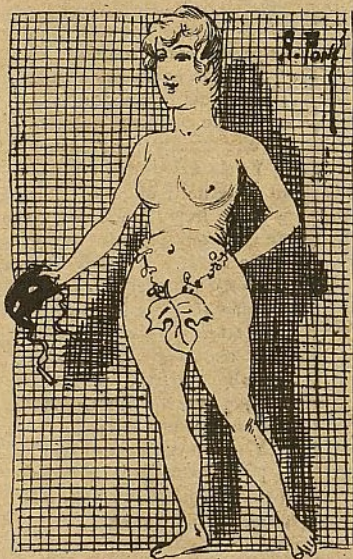
PARA QUE ELIJAN USTEDES POR CILLA, ESCALER, MOYA, PAHISSA, PASSOS, PONS Y VAZQUEZ



○ Caballeros artistas, con cuya colaboración me honro, ¿qué disfraz de actualidad me ofrecen Vdes. para mis lectores? (1)



a ese, que es de crítico, de los de ahora.  
PAHISSA.



Ahí le mando a Vd. ese, que es el más antiguo, pero por lo mismo es el más sencillo y elegante.

PONS.



Y este, que es de imponente de la sociedades de crédito.

VAZQUEZ.



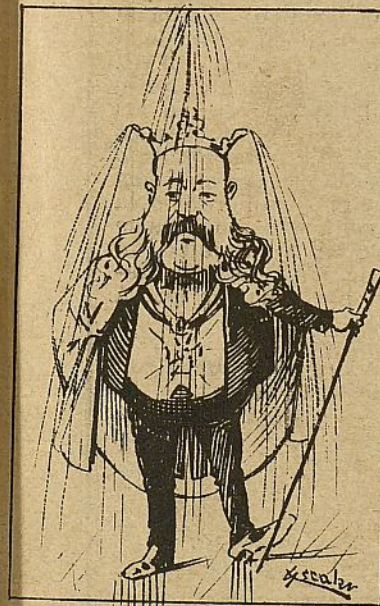
Y este, que es el de tiple cómica en traje de es-

CILLA.



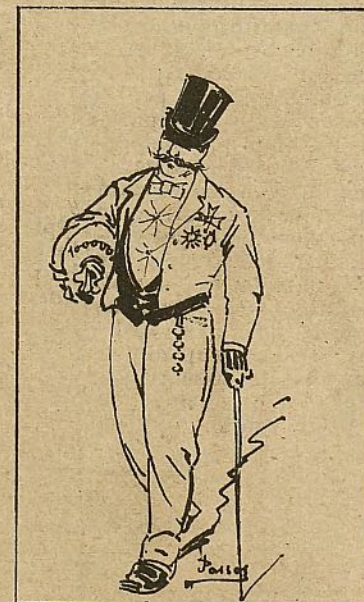
¿Quiere Vd. el de almirante de la escuadra de Suiza (que no tiene escuadra)?

MOYA.



Y este otro, que es de alcalde pasado... por agua.

ESCALER.



Y, por si llega a tiempo, le mando a Vd. mi disfraz, que el de contrabandista moderno.

PASSOS.

1) Damos las contestaciones en el riguroso orden en que las hemos recibido.





## REVISTA QUE NO LO ES

*Según donde caiga*, como decía el convidado de un cuento que no he de referir, seré revistero fijo ó revistero trashumante en LA SEMANA CÓMICA. Y si alguien dice que lo de trashumante huele á ganado, contestaré que el tal olor es preferible al de perdido.

De todas maneras, esté ó no condenado á revista perpetua, creo conveniente inaugurar la série de mis artículos con dos palabras de introducción y varias divagaciones; la una y las otras llenarán el presente artículo, en el cual, de consiguiente, no hablaré poco ni mucho de teatros ni de obras, aunque sí del Teatro y de otras cosas más, como verá el lector curioso, y el que aún no siéndolo (curioso, se entiende) lea hasta el fin estos renglones.

Hubo un tiempo en que dijo alguien que el teatro era ó debía ser, espejo y escuela de las costumbres: si el axioma lo es, hay necesidad de reconocer que somos gente, los españoles, de muy malas costumbres ó que el espejo es de esos cóncavos que convierten un Adonis en una caricatura; ó que, en fin, la escuela está regentada por un maestro que no cobra hace diez y nueve meses, por lo menos, y que solo enseña á sus discípulos los codos y las fauces: los unos por defecto de ropa y las otras por exceso de hambre.

Hoy el teatro no constituye otra cosa sino un pretexto para matar el tiempo con el mayor aburrimiento posible. Se va al teatro por costumbre ó por no saber que hacer ó para ver la pieza de un amigo sin ofender á la moral.

Ya no hay chorizos ni polacos, liceistas ni cruzados, partidarios de Salas ni de Arderius... Restos gloriosos de esas agrupaciones de gente movidas por un común pensamiento, unidas en una misma pasión, que iban al teatro con un prejuicio; pero prejuicio que su-

ponía previa atención y estudio previo de lo que eran las obras y los autores y los actores; restos gloriosos, digo, de esas agrupaciones, fueron los gayarristas y los masinianos, los viquistas y los calvistas; mas Gayarre y Calvo murieron, marchóse Massini al otro mundo, es decir, á América, retiróse Vico á sus tiendas ó á *sas botigas*, como dirían los *renaixensos*, y hete aquí destruidas las últimas divisiones del público y reducido este á la más sublime insignificancia, como dice el negro catedrático de *La vuelta al Mundo*. Y aún es forzoso reconocer que los partidos últimamente citados, casi no llegaron á partidas.

La desaparición de aquellos es tanto más lamentable cuanto que constituye una de las principales causas del decaimiento de nuestro teatro. La contradicción es ley en la vida intelectual, como en la física: espiritualismo y materialismo, fuerza centrífuga y centripeta, luz y oscuridad, día y noche... y partidarios de este ó del otro autor, del actor tal ó cual.

La pereza es madre de todos los vicios y la indiferencia madrastra de todo lo bueno; y como madrastra se porta, matando aquello mismo á que debía dar vida.

*De orden de la impresa no ay sol oy*, imprimió un tal Casiano, empresario de la plaza de toros de Madrid; y si yo fuera Casiano de los teatros de España, escribiría más ortográficamente: *De orden del público, no hay Arte... por ahora*.

No tenemos Teatro, es cierto; no tenemos obras, es verdad: no tenemos actores, es evidente... Pero hay otra evidencia más consoladora: no tenemos público.

¿Por qué? ¿De quién es la culpa? La falta de público ¿es antecedente ó consiguiente de la de autores y actores? Esto es lo que tal vez podré esclarecer en mis subsiguientes revistas. La de hoy no resulta tal, porque en los últimos anteriores días solo dos novedades han ocurrido: el estreno de *Mas allá de lo digno*, de S. Gomila y el de la tragedia *Reg y Monjo*, de Guimerá; como si dijéramos la alpha y la omega. Ni merece los honores de la crítica la producción de jese Gomila!, ni he podido ver la obra del director de *La Renaixensa*. Con que parodiaré una vez mas á Casiano, diciendo:

*De orden mía, no hay revista hoy.*

Y no suprimo las haches para que digan ustedes que en todo me quedo corto.

BLAS QUITO.

## CHOCHECES

Vecina, soy un abuelo que no sirvo para nada, y ya en este mundo, á nadie hago maldita la falta.

Todo, todo lo que digo son chochees y bobadas; pero, á pesar de lo expuesto, voy á hab arte dos palabras.

Hace ya más de dos meses te veo por las mañanas asomarte cuidadosa un momento á la ventana.



En ese instante, he notado  
que eres muy buena muchacha,  
y esbelta cual la palma,  
y hermosa cual la alborada.

Pasa el día... y no te veo:  
hacia el ocaso el sol marcha,  
dejando tras sí celajes  
y tinieblas en el alba;  
el toque de la oración  
suenan en la torre lejana...  
y entonces elevo á Dios  
mi fervorosa plegaria.

Y cuando extiende la noche  
sobre la tierra sus alas;  
cuando más silencio reina,  
oigo cerrar tu ventana;  
y queda abierto un postigo  
con la idea noble y santa  
de que, á través del cristal,  
penetre la luz del alba.

Hago un esfuerzo, me apoyo  
en mi muleta cascada...

con la alegría en los ojos  
y en el pecho la esperanza;  
salgo al balcón por estar  
más cerca de tu ventana.

Pasa una hora... De repente  
esparce luz en la sala  
el oscilante mechero  
de un candel de hoja de lata...

Muchas noches, te cercioras  
si la puerta está cerrada,  
y trémula y vacilante,  
sacas del pecho una carta.

La desdoblas y la lees  
con amorosa mirada,  
y al concluirla la besas,  
y en un paquete la guardas.

Luego, por el aposento  
te veo cruzar gallarda  
y recorrer la cortina  
que del lecho te separa.

Después... cuelgas el candel  
al pie de una vieja estampa.  
Con pausado movimiento

te despojas de la bata;  
con tranquilidad completa  
el azul corsé desatas;  
luego, un lazo que te oprime...  
enseguida te descalzas,  
mostrándome coquetona  
el borde de tus enaguas.

Y cuando para acostarte  
acaso sólo ya falta  
quitarte las medias... ¡ay!  
Vas á la luz ¡y la apagas!

Entonces quedo aturdido;  
transcurre media hora larga,  
y cuando sube mi nieto  
y alegremente me llama,  
al dirigirse al balcón  
y mirar hacia tu casa,  
por atraerle á mi lado,  
le grito con toda el alma:  
—¡Eh; no mires, que hay un *coco*  
detrás de aquella ventana!--

V. SERRANO CLAVERO

## EL OBÚS

(Conclusión)

El día de año nuevo, Dutailly, radiante de alegría, nos recibió con los brazos abiertos.

El estratégico de *El Tiempo* acababa de batir, sobre el papel, sin gran trabajo, al príncipe Carlos en los alrededores de Evreux, después de atraerlo simulando una retirada, que era uno de los más hermosos hechos de armas de los tiempos modernos. Dutailly nos ofreció esta buena noticia, de aginaldo. Anatolio, llevaba un conejo cogido con trampa en la isla devastada de *Saint Denis*. En cuanto al capitán, presentó á la señora Dutailly una gran bolsa de castañas cubiertas, dentro de un casco alemán.

—Mi buena señora (dijo sonriendo) á nadie si no á mí sería dable ofrecer con este casco, la cabeza de su propietario.

—¡Cómo! (exclamó la señora Dutailly sofocada por la admiración) ¿le ha matado Vd?

—Sí señora: por el solo placer de brindar á Vdes. esta caja de confituras que—me atrevo á asegurarlo—no está al alcance de todo el mundo.

Excuso contaros la aventura, de la cual ya supondréis que ni un solo detalle nos escatimó el falsario. Oculto en un tonel, había acechado, sorprendido y aterrado al portador del casco, centinela perdido; y, en una lucha de cuerpo á cuerpo, lo había estrangulado, por no atraer al enemigo con el empleo del revólver. ¡Oh! Aquel pobre conejito, estrangulado también, era de mezquina apariencia al lado de este glorioso trofeo!

—Tocante á mí,—dije,—no tengo el orgullo

de rivalizar con un valiente como el capitán, pero preparo también mi pequeña sorpresa. Sólo que no ha llegado todavía, y si os parece, almorzaremos sin esperarla.

Nos sentamos á la mesa, y el convite estuvo muy alegre. Habían matado un cerdo, y fueron muy celebrados sus embutidos.

A la hora del café, y cuando encendíamos nuestros cigarros, un criado nos anunció que un artillero acababa de depositar mi aginaldo en el salón.

Nos dirigimos á la sala, en donde, efectivamente, estaba el objeto colocado sobre una mesa, envuelto en fino papel, y rodeado de un cordón azul.

—¿Qué será esto, dijo la señora Dutailly?

—No hay que forzar la imaginación, señores: es un obús.

—¿Un obús?

—Dutailly me ha expresado varias veces el deseo de poseer un obús, pero un obús auténtico, *que haya servido*; y en virtud de petición mía, Roland, mi amigo, comandante de artilleros, me remite éste que viene de la llanura de Avron, donde se ha olvidado de estallar.

Sin dejar de hablar, yo desataba el cordón azul; desgarraba el papel, y el obús apareció negro, siniestro, amenazador.

—Pero, objetó inquieta la señora Dutailly, si no ha estallado...

—Oh! No tema Vd.: mi convenio con Roland fué que lo enviase desarmado y vacío. Después de todo, aquí está la carta de remisión.

Abri una esquila que venía al lado del obús, y me apresuré á leerla en alta voz; mas, á los primeras líneas, mi semblante debió expresar sorpresa, después inquietud, pues todos exclamaron:



## UNAS VECES POR MUCHO... POR PONS



—Arturo, Ricardo, el duque, *el Chaleo*, el marqués... ¡Cinco *pagantes* de cenas á la vez! Y todo por un mal *paso á dos* que me toca bailar cada noche...



...Y OTRAS POR POCO, POR PONS



Cinco walses, dos polkas, cuatro schotis, una americana... ¡y ni una mala cena! Estávisto que ya no hay corazones sensibles en el mundo.



—¿Qué ocurre?

—Dios mío... Ocorre... Escuchad...

Y lei:

«Amigo querido: Va el obús que me encargaste. Pero no me ha sido posible hallar un artillero que sepa descargarlo. Hazlo llevar al armero del pasaje de la Opera; y, sobre todo, te encargo la mayor precaución. Ni el menor choque, ni el menor rozamiento; porque falta poca cosa para que el obús estale...»

Al llegar a este punto, la lectura de la carta fué interrumpida por gritos de espanto:

—¿Que se lleven, que se lleven eso! —exclamaba la señora Dutailly.

—¡Dios mío! ¡Un obús en mi salón!

—¡Sí, que se lo lleven! —dijo extendiendo la mano.

—¡No lo toqueis!

—Calma, señores, calma! El artillero que lo ha traído, va a llevarse.

¡Pero señor, —dijo el criado temblando en el dintel de la puerta, — el artillero ha partido. Nuevas lamentaciones.

—Entonces, —dije, —seré yo quien se lo lleve.

—Te lo prohíbo, —exclamó vivamente Dutailly.

—Tú no tienes suficiente fuerza para llevar esto de una sola tirada al pasaje de la Opera. Lo dejarías caer en la calle, en la escalera, en la antecámara...

La señora Dutailly se agarraba de mí convulsivamente.

—¡No, Vd. no! ¡Eso es peligroso; no!

—Eso, añadió Dutailly, es hazaña de un soldado, y de un soldado robusto. Por fortuna, aquí está el capitán...

—¿Yo? —dijo este.

—Sí, querido, Vd. es fuerte y esta hecho a estas cosas. Usted juega con las balas y los obuses, como un escolar con sus bolas de vidrio y sus pelotas de goma.

—¡Oh! Es que... Es que... —decía el capitán, mientras palidecía ligeramente. —Es que un obús... ¡Diablo! ¿No podríamos aguardar a mañana y hacerlo sacar por...?

La señora Dutailly interrumpió:

—¿Mañana?... ¡Para que yo no pegue los ojos en toda la noche! Preferiría irme a dormir a un hotel.

Aquí Anatolio tomó tranquilamente la palabra:

—No hay que que asustarse señores; yo llevaré el obús, —dijo con resolución.

—¡Está Vd. loco, amigo mío! ¡Convalesciente y con ese brazo enfermo! ¡Vd. quiere hacer saltar la casa!

—Efectivamente, —dije, —esa acción no es para un enfermo.

—Sino para el capitán, —añadió Dutailly. —Yo no tengo confianza en otro. Vamos, capitán: con prontitud. Coja Vd. ese monstruo y librenos de su presencia.

En aquel momento, era indudable que el capitán digería con trabajo. Sin embargo, no se desconcertó por completo.

—Verdad es, —respondió sonriendo, —así me pertenece de derecho. Lo que me daña a decir es que la conducción de este objeto a pie, es demasiado peligrosa. El piso está resbaladizo: basta una pisada en falso para matar a diez personas en la calle. El transporte en carruaje es el único adecuado.

—Pero, —objetó Dutailly, —ahora los carruajes son raros. Casi todos están requeridos para las ambulancias.

—Bien, —dijo el capitán. —El general Schmitz, que me ha dejado en vuestra casa, come en la de Brebant, su carruaje lo espera a la puerta del restaurant. Yo le rogare que me lo preste. El es uno de mis amigos. Cosa hecha! El tiempo de ceñirme el cinturón y de ir hasta allá. Diez minutos; un cuarto de hora a lo más...

Diciendo esto, el capitán tomaba su kepi, su capa y ganaba la calle.

Y por su modo de bajar la escalera, era evidente que se daba prisa.

Volvi a entrar en la sala donde reinaba la consternación. La señora Dutailly fluctuaba entre las ganas de huir y el deseo de cuidar del obús. Disimuladamente, dirigió la vista hacia la calle iluminada por la luna.

—¿Era tan sencillo dejar que yo lo llevase! —murmuró Anatolio.

—¡Vamos, calla! —repuso Dutailly, un tanto sorprendido del reposado valor de aquel joven. —Esto es más bien cosa del capitán.

—Si es que no se hace esperar demasiado, gimio la señora Dutailly.

—Como hacerse esperar, señora Dutailly, —dijo muy alegremente, —creo que se hará esperar; como que lleva trazas de no volver más.

—¿No volverá?

—Con seguridad. Para ir a casa de Brebant, tenía que atravesar la calle por la derecha, y acaba de alejarse por la izquierda, y a paso más que apresurado.

—Y diga Vd. ¿qué significa eso?

—Eso significa, amigo Dutailly, que nuestro capitán es un farsante, y que yo me complazco en haber desmontado las baterías de ese fanfarrón, por medio de este arthcio.

Y tomando un álbum de fotografías, asestó con él un violento golpe sobre la cabeza del obús, que estalló en mil pedazos... ¡en mil pedazos de chocolate! ¡Porque era de chocolate! Y diseminóse sobre el tapete toda una metralla de grajeas, almendras garapiñadas y nueces....

Una carcajada saludó esta explosión.

Tres meses más tarde, Anatolio se casaba con Gertrudis.

Y del capitán ¡ni noticias!

VICTORIANO SARDOU.





El Noticiero Universal publico el retrato de martes Oteiza, un caballero que ha defraudado en 200.000 duros al Tesoro de Cuba.

Y yo me alegro de que se ponga en moda el publicar los retratos de los defraudadores.

Porque así ¡oh, **Ignacio Guerola**, valenciano ilustre, defraudador de mis 26.100 céntimos de peseta! así podré yo publicar tu retrato y darte la celebridad que mereces.

✱

En el número pasado, por un error de compaginación, que hallaran disculpable los que entiendan en cosas de imprenta, aparecieron trocadas las páginas segunda y última.

La falta, que se notó á tiempo, se corrigió en el tiraje de provincias y en buena parte del de Barcelona; pero suplico á los señores á quienes tocó la china, se sirvan dispensarnos por esta vez.

Se lo pedimos con contrición... y con propósito de la enmienda.

✱

Algunos *literatos*, de esos que escriben *virtud con b* y *honor sin h* y firman las *revistas* que hacen otros, han pretendido ver en un suelto del número pasado de LA SEMANA una alusión depresiva para el i: signe escritor y amigo y colaborador nuestro D. Federico Soler (*Pitarra*).

Y así lo han dicho en letras de molde.

Y si yo me tomo la mole tía de contestar, es solo para asegurar que no hay tales carneros; que lo escrito, escrito está... y que es lástima que haya quien así tome el rábano por las hojas.

¡Vea Vd.! ¡Habiendo por ahí tantas escuelas donde por precios arreglados enseñan á leer correctamente y con propiedad!

✱

El señor D. Emilio Braña ha editado un retrato de Gayarre, tirado sobre cartulina, que se vende al precio de 2 reales en el Kiosco Nacional, Plaza de Pontejos, Madrid.

✱

El último número de nuestro colega *Los Madriles* es, como todos los suyos, recomendable. Buenos grabados, excelente gusto en su disposición y tiraje, texto amenísimo y variado... todo lo reúne el simpático semanario madrileño.

Háganse Vdes. coleccionistas suyos. Es un buen consejo que les doy.

Y ya saben Vdes. lo escasos que andan ahora los buenos consejos.

✱

—Buenos días

—Muy buenos los tenga Vd.

—¿El Sr. D. Fulano de Tal?

—Servidor de Vd.

—He leído el anuncio que inserta *El Diluvio* y que dice textualmente: «DINERO: se facilita á módico interés y...»

—Si señor: «y se coloca á gusto del interesado.»

—Bueno; pues yo, como interesado, soy algo interesado; así es que venía á que Vd. me colocase...

—¿Algún dinero, eh?

—¡Pshel! Unos cuarenta mil duros.

—¿Y dói de?

—Pues... mire Vd.: aquí, en el bolsillo derecho.

✱

En una composición  
llama el poeta Quirico  
pura y honesta á Asunción;  
porque Quirico es un chico  
de mucha imaginación.

J. ESTREMERÁ.

✱

Elegantemente impres,o hemos recibido el programa de la función que á beneficio del simpático é inteligente administrador del teatro Romea D. Ramón Franqueza y Comas, tendrá lugar en dicho coliseo, mañana sábado.

El orden de la función es: *La fuerza de la conciencia* y la pieza *Un pollastre aixelat*.

¡D. Ramón, deseo á Vd. un lleno con su correspondiente *cuadro*!

¡Y reciba mi enhorabuena!

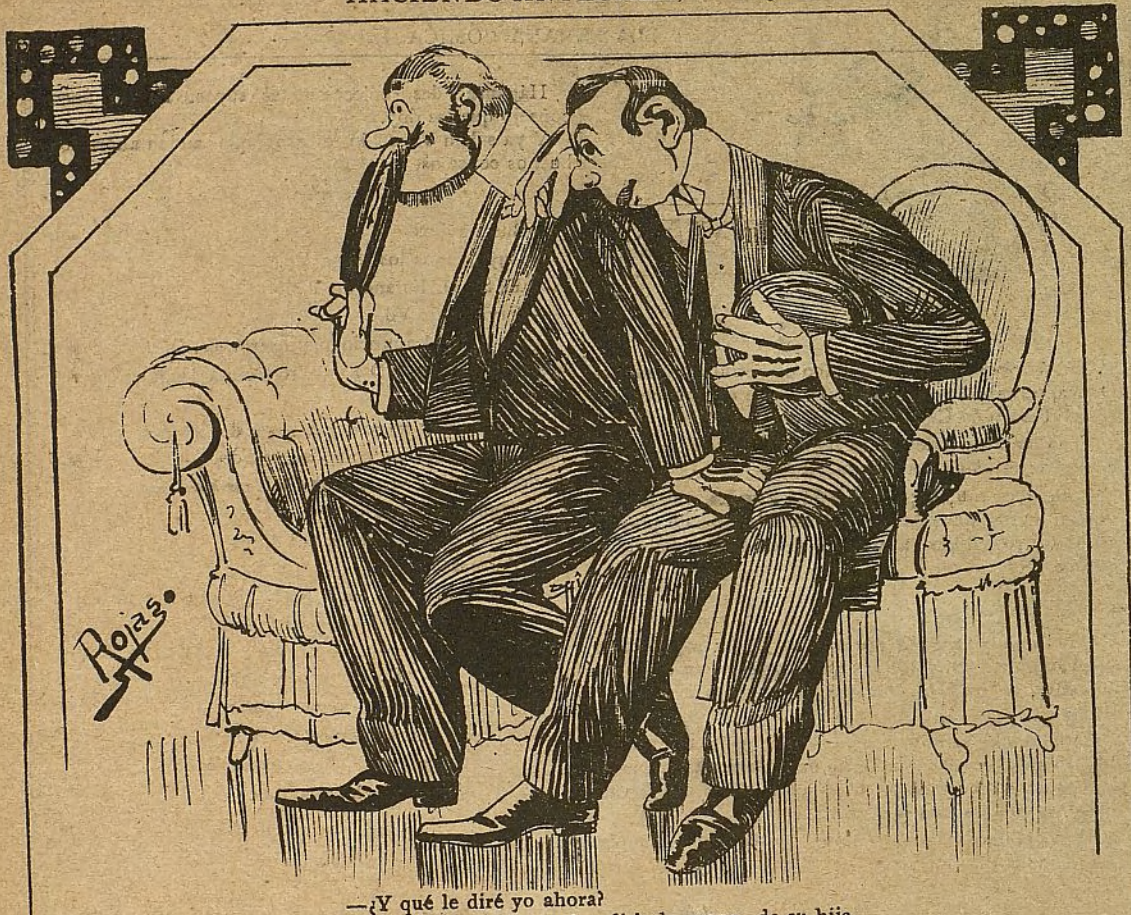
Nuestro querido amigo y compañero D. Sinésio Delgado, director del *Madrid Cómico*, ha experimentado la desgracia de perder un hijo suyo, niño de corta edad.

La Redacción de LA SEMANA, con este triste motivo, se asocia al dolor del amigo querido y le manda la expresión de su más sincero pésame.

Imp. de Calzada é Hijo Arco del Teatro 9. (pasaje).



HACIENDO ANTESALA, POR ROJAS



—¿Y qué le diré yo ahora?  
 —Le dices que vienes á pedirle la mano de su hija.  
 —¿Y si el me pregunta si tengo fortuna?  
 —Le contestas que si, que tienes la fortuna... de  
 venir á pedirle la mano de su hija.

## ANUNCIOS

### CORRESPONSAL

*exclusivamente encargado de la venta de*

**LA SEMANA CÓMICA**

EN MADRID:

**D. JULIAN RODRIGUEZ,**

KIOSCO DE LA UNIVERSIDAD

PLAZA DE SANTO DOMINGO

donde expende también toda clase de libros, periódicos y objetos de escritorio.

UNICA CASA AUTORIZADA PARA LA VENTA,  
 SUSCRIPCION Y RECLAMACIONES

DE

**LA SEMANA CÓMICA**

EN LA ISLA DE CUBA

**Sra. Viuda de Pozo e Hijos**

GALERIA LITERARIA

Calle del Obispo, número 55, Librería,

HABANA.

### LA SEMANA CÓMICA

PERIÓDICO LITERARIO, ILUSTRADO, FESTIVO.

VERTRALLANS, 3, 1.º BARCELONA

Publica artículos y poesías de los mejores escritores y láminas de los más celebrados dibujantes.

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Barcelona.	Trimestre.	1'50 ptas.
Fuera..		2'50 "

En Ultramar y en el Extranjero, fijarán los precios los señores corresponsales.

### NÚMEROS ATRASADOS: DOBLE PRECIO

ADVERTENCIA.—Reimpresos todos los números agotados, en breve se pondrán á la venta colecciones de los dos últimos años, al precio de 8 pesetas para los señores suscriptores y 10 para los que no lo son.

Ayuntamiento de Madrid